NúmEros al rescate

Celia Cervantes

Los padres en cifras

- La idea de celebrar el *Día del Padre* surgió en 1910, por parte del estadounidense Smart Dood, en la ciudad de Washington, para destacar el papel que juegan los padres en la sociedad, especialmente de aquellos que, como su progenitor, cumplían el doble rol de padre y madre en la educación de sus descendientes.[1]
- En México, el *Día del Padre* comenzó a generalizarse en los centros escolares hacia la década de 1950, aunque en los años posteriores se fue convirtiendo en una fiesta de consumo patrocinada por las grandes cadenas comerciales.[2]
- Las generaciones de hombres nacidos en México entre 1966 y 1968, tanto en el medio rural como en el urbano, han reducido su fecundidad a 2.7 hijos a la edad de 35 años. Esto contrasta con los hombres de esa misma edad, pero nacidos entre 1936 y 1938, que tenían 4.3 descendientes en promedio.[3]
- Es notable entre los jóvenes mexicanos una mayor participación con la pareja en las decisiones respecto a la descendencia en la pareja. Así, mientras sólo el 3.7% de los hombres nacidos entre 1936 y 1938 hizo algo para evitar tener descendencia antes de los 30 años, en las generaciones nacidas entre 1951-1953 y 1966-1968, este porcentaje se elevó de 26 por ciento hasta el 46 por ciento, respectivamente.[4]
- La mayoría de los jóvenes (de 18 a 24 años de edad) conoce y valora la planificación familiar. Si bien para la mayoría de ellos este concepto significa decidir cuántos hijos tener y cuándo, para un 9% significa buscar el bienestar de éstos.[5]
- Con base en estimaciones de CONAPO, en 1996, nueve de cada 10 jóvenes varones consideraban posible planear diversos acontecimientos relacionados con su paternidad: el momento de tener hijos, el de dejar de tenerlos, el número de descendientes y la educación de los mismos.[6]
- INEGI reporta que al indagar sobre la participación de hombres en el trabajo domés-

Lecturas

La salud mental de las mujeres... ¿según quién?[1]

Juan Guillermo Figueroa Perea

Introducción

Un autor brasileño de fines del siglo XIX, llamado Joaquim Machado de Asís, escribió un libro a manera de un largo cuento, bajo el título de El Alienista.[2] El Alienista relata la historia de un médico psiquiatra, por lo menos un antecesor de los psiquiatras, quien se instala en una región del Brasil y convence a las autoridades de abrir una casa a la que él llama de "orates". Intenta estudiarlos y atenderlos y la idea es aceptada ya que algunas personas se identificaban con ciertas características de "anormalidad", pues andaban circulando sin ningún tipo de atención, ni de protección, tanto para ellos como para los demás, que no encajaban en esa categoría de normalidad.

Una vez que se instala esta casa, el doctor empieza a llevarse a una diversidad de personajes sociales, argumentando múltiples situaciones de irregularidad en su comportamiento cotidiano y, en algún momento, incluso se lleva a su propia esposa. Sin embargo, algunos personajes del pueblo se revelan, pues se les hace una tiranía lo que el médico está haciendo y, al margen de que le reconozcan cierta autoridad por su argumentación científica tan elaborada, les interesa que eso termine, pues se vuelve tan relativa la calificación de normalidad que temen que, poco a poco, se siga despoblando la región de Brasil, donde el cuento se lleva a cabo. En otro momento, el doctor —obsesivo de la investigación— promete sacar a todas las personas que están dentro de la casa ya que sus reflexiones y estudios lo han llevado a constatar, que lo que tiene de normalidad es exactamente al revés y, los que aparentan o parecieran no tener ninguna contradicción, son precisamente aquellos que merecen estar dentro de la casa.

Por ello, los deja salir con el gran contento de sus familiares y empieza a ingresar a quienes, anteriormente, fueron considerados normales o dentro de los estándares socialmente aceptados, sobre todo, bajo el argumento de que eran algo raro, precisamente por no mostrar ningún tipo de contradicción o por aparentarlo bastante bien. En su búsqueda permanente de seguir investigando, se cuestiona los criterios con los que está clasificando la normalidad y la anormalidad de las personas, al margen de que él no use esas expresiones, por lo que decide dejar salir al segundo grupo que había ingresado y considera, a final de cuentas, que la única persona que debiera estar interna en esta casa es él, precisamente, por su pre-

tensión de clasificar la normalidad. Al margen de la súplica de su esposa para que no lo haga, él se queda solo en la casa hasta su fallecimiento, el cual es acompañado con mucho respeto por toda la comunidad, precisamente por el reconocimiento de su gran honestidad.

Otros remedios para la salud

Creo que valdría la pena preguntarse ¿quién ha definido socialmente la salud mental de las mujeres y bajo qué criterios? No estoy seguro si habría que cuestionar esa apariencia de no contradicción en los jueces de la salud mental de las mujeres y, no necesariamente, para mandarlos a una casa de orates, pero sí, por lo menos, darles la voz y reconocer la voz de quienes son objeto de sus calificativos de salud mental. Cuando recibí el libro *Cálmese, son sus nervios, tómese un tecito: la salud mental de las mujeres mexicanas*, coordinado por María Asunción Lara y Nelly Salgado de Zinder, Editorial Pax, 2000, México, primera edición, inicié una pequeñísima encuesta, con personas cercanas y les pregunté ¿qué les decía la frase que tenía como título este libro? Algunas de ellas, casi por asociación de ideas, empezaron a recordar frases que a su vez, habían o seguían escuchando, cuando llegaban a mostrar algunas dosis de confusión, de tristeza, de nervios, de soledad y de angustia. Las respuestas más frecuentes que encontré en un listadito, rapidísimo, fueron: "ponte alcohol en el cuello para calmarte" o "báñate con agua fría para serenarte". Sin embargo, lo intenté por otra parte con los varones con los que trabajo y al preguntarles ¿cuándo tienen referencias similares o qué le decía el contexto?, las respuestas fueron recurrentes: "vete a tomar unas cervezas" o "vete al fútbol a gritar mentadas al por mayor, ¡vas a ver cómo te desahogas!" Curiosamente, la respuesta que más me sorprendió, porque además implica mucha agilidad física —según yo—, fue "¡cuélgate como zarigüeya!, para que te circule la sangre en el cerebro", dirigida más a los varones que a las mujeres.

En este pequeño contexto, quisiera dialogar sobre algunos de los artículos que aparecen en este libro porque además de la virtud de tener datos recientes, hicieron el gran ejercicio —complicado, cuando uno trabaja en la academia— de hacer sugerencias para ser aplicadas a políticas públicas, por lo que entonces, vale mucho la pena, incluso leerlo, no únicamente para conocer elementos sobre la salud mental de las mujeres, en voz de las propias mujeres, sino para identificar algunas de las sugerencias sobre cómo trabajar a nivel de las políticas públicas.

Dialogando con los textos

En el libro hubo varios textos que me llamaron poderosamente la atención e incluso, me conmovieron profundamente. El primero, aborda la violencia contra la mujer, la salud mental y las necesidades de atención, porque demuestra las acciones de violación sexual contra la mujer por parte de su pareja, lo que me remontó a recordar dos lecturas que exponen relatos de mujeres latinoamericanas, a propósito de la sexualidad, el pecado y la culpa. Ellas narran cómo procesaron la información religiosa que recibieron del entorno cultural y cómo la han ido problematizando.[3] Lo que me llamó la atención e incluso me incomodó, fue la alta incidencia del acoso sexual que de manera recurrente narran muchísimas mujeres. No únicamente en el nivel de acoso y violencia por parte de la pareja, sino de los hermanos, de los padres, de los primos, de los familiares cercanos y, una experiencia marcada por el acoso sexual durante toda la infancia y la adolescencia.

Esto me hizo recordar aquel informe de derechos humanos que publicó la Oficina del Arzobispado de Guatemala —con la coordinación de un arzobispo que trató de documentar atentados a los derechos humanos durante la represión militar y dos o tres días después de presentar el informe, el obispo fue asesinado— que relata precisamente, la estrategia de violación experimentada por los

tico, el 60% de los varones afirmó involucrarse en dichas actividades y en la crianza de hijos e hijas, con un promedio de horas de diez horas a la semana. Por su parte, las mujeres dedican entre 35 y 45 horas a la semana al trabajo doméstico y a la crianza.[7]

- Existen 14.8 millones de padres en México. De ellos, 95% tiene una pareja y el resto, que equivale a 78 mil 300 varones, debe cuidar a sus hijos e hijas sin la presencia de la madre en el hogar.[8]
- Sólo uno de cada 200 padres es adolescente (menor de 20 años). Los padres de hogares nucleares se concentran entre los 20 y 40 años de edad. Por el contrario, cuando se trata de hogares extensos, la edad de los padres se incrementa, concentrándose en edades arriba de los 50, probablemente porque acogen en su hogar a familias formadas por sus hijos e hijas.[9]

Las madres en cifras

- Durante el siglo XVII, en Inglaterra, se celebraba un día llamado "Domingo de servir a la madre". En esta fiesta, los empleados de servicio no laboraban y tenían permiso para visitar a sus madres, a quienes regalaban un pastel horneado por ellos mismos.[10]
- En Estados Unidos la primera celebración pública se realizó en 1872, pero fue hasta 1907 cuando una madre inició una campaña en toda la Unión con el fin de que un día específico al año fuera dedicado a las madres. Este movimiento tuvo respuesta y para 1910 prácticamente este día se celebraba en todo el país. En 1914 se firmó la proclamación de fiesta nacional el 10 de mayo, como el Día de las Madres.[11]
- En México existen 36.5 millones de mujeres en edad de procrear. De ellas, poco más de 23 millones son madres. Tres cuartas partes de ellas están casadas o unidas; casi la quinta parte está divorciada, separada o son viudas, y las madres solteras representan casi el 5 por ciento del total.[12]
- Las mujeres que nacieron en los años sesenta tienen un promedio de 2.8 hijos. Esta cifra contrasta con las mujeres que nacieron entre los años treinta y cuarenta, que tienen un promedio cercano a los seis descendientes.[13]
- 4.1 millones de madres son cabeza de familia y, por tanto, representan el soporte principal de ingreso en los hogares de aproximadamente 16 millones de mexicanos y mexicanas.[14]

- Las instituciones de seguridad social, IMSS e ISSSTE, atienden a 1.1% de la población en edad inicial y preescolar; en consecuencia, 73% de los menores de seis años queda al cuidado de sus madres y de terceras personas, ya sea familiares o no familiares no remunerados, y cuando la economía del hogar lo permite, en guarderías privadas o bajo el cuidado de alguna persona remunerada.[15]
- Las madres trabajadoras suman 8.5 millones, lo que representa poco más de la quinta parte de la población económicamente activa y 63 por ciento de la PEA femenina en el año 2000. Sin embargo, 13 de cada 100 mujeres-madres que trabajan no reciben ningún ingreso, destinando el total de sus esfuerzos al bienestar de toda la familia.[16]
- De las madres asalariadas, que suman 4.4 millones del total de las madres que trabajan, sólo 2.7 millones cuentan con protección y seguridad social para ellas y sus hijos e hijas, mientras que alrededor de una cuarta parte (poco más de un millón de mujeres) no recibe ninguna prestación social. La desprotección de las madres trabajadoras se explica, en parte, porque casi un tercio de ellas (28.5%) trabaja por su cuenta.[17]
- El 80 por ciento de las madres trabajadoras tiene entre 25 y 54 años. Sin embargo, las que tienen menos hijos (de uno a dos) muestran una marcada participación en el mercado de trabajo a partir de los 20 años, mientras que las mujeres que tienen de tres a cinco comienzan su actividad económica 10 años más tarde. Un tercer grupo de madres, aquellas que tienen más de seis hijos, comienza a trabajar a partir de los 35 años. Estas últimas continúan laborando en el mercado de trabajo, incluso después de los 65 años.[18]
- Además del número de hijos que tienen, el estado civil de las mujeres cuenta mucho en su participación laboral. Así, alrededor de una quinta parte de las madres que trabajan son divorciadas, separadas o viudas, y cuando a estas condiciones civiles se suma un número elevado de hijos e hijas, la presencia en el mercado laboral de las mujeres se incrementa. De modo que una de cada tres madres que tienen más de seis hijos y está divorciada, separada o viuda, trabaja.[19]
- Tan sólo en el año 2000, 15.5 por ciento de los nacimientos correspondieron a mujeres entre los 15 y 19 años.[20] En el quinquenio 1992-1996, las adolescentes sin instrucción registraron una tasa de fecun-

varones en la milicia. Un hermano mío, periodista, tuvo la oportunidad de entrevistar en Guatemala a la Coordinadora Nacional de las Viudas de Guatemala y, fue impactante escuchar la entrevista —obviamente grabada— donde una compañera narraba, no únicamente los hechos de violación que habían vivido y sufrido las mujeres, sino —con una tranquilidad, con una serenidad y con un dolor apabullante en sus relatos— de qué manera las mujeres acababan enfermas de los ojos, por tantas violaciones sexuales. Cuando el entrevistador le decía ¿por qué enfermas de los ojos?, si, ¿por qué enfermas de los ojos?,[4] la mujer decía (como diciéndole casi, casi, ¡cómo se ve que usted es hombre!), ¡pues de tanto llorar!, ¿no se le hace suficiente para enfermarse de los ojos? Algo que impacta poderosamente y viene al caso por la violación de la propia pareja, es que muchísimas mujeres guardaron en silencio la violación aunque las propias parejas supieran que no había sido buscada por ellas, sino incluso hecha frente a ellos para humillarlos todavía más. Ellas comentaban que "se sentían viudas aunque tuvieran marido", por la humillación tan profunda vivida. Entonces, viviendo la violación o percibiendo la violación (porque no puedo imaginármela) como un suceso fragilizador y desorganizador de las referencias personales; cuando esa violación incluso pasa por la propia pareja, se me hace no únicamente un acto para conmover, sino un acto que merece nombrarse hasta el hartazgo, nombrarse como una manera de empoderarse a través del discurso, a través de la toma de distancia del hecho vivido y, de alguna manera, para poder sobrevivirlo.

En el segundo grupo de capítulos, se aborda la prostitución y a las personas que viven en situaciones de calle. Precisamente por trabajar desde la perspectiva de la masculinidad, es que una de las principales causas que se argumentan, no es únicamente la condición de pobreza, sino la demanda masculina. Esta demanda masculina —destacada por las autoras— muestra cómo —por la situación moralista con la que se investiga y se trata socialmente a la prostitución— que las prostitutas o trabajadoras sexuales acaban siendo vistas, como trasmisoras de infecciones sexuales y como posibles enfermas. Entonces, aparte de la situación vulnerable en la que permanentemente viven y que pueden ser manipuladas, acaban vulnerabilizándose o fragilizándose más, precisamente, por el tipo normas patriarcales con las cuales se enfrentan a las situaciones de prostitución.

En el tercer grupo de artículos, se refieren a las bebidas alcohólicas con consumo de sustancias psicoactivas. Sobre el abuso del alcohol y drogas, las autoras mencionan la idea —más o menos aceptada, normal o reconocida y tolerada— sobre la alcoholización de los varones, que en las mujeres es mal visto. Esto las lleva a la propuesta de que los programas para atender el consumo de alcohol tenga una lógica masculinizada. Irónicamente, quienes investigamos el tema de la salud de los varones, hemos encontrado que las principales causas de muerte de los varones, en distintos grupos de edad, tiene que ver con el consumo de alcohol[5] y, el alcoholismo, no es una epidemia, yo no soy epidemiólogo, soy filósofo, pero el alcoholismo no es una epidemia en el sentido epidemiológico del término: es una epidemia simbólica, donde los varones creemos que alcoholizándonos nos legitimamos como varones. Irónicamente, el tratamiento de la salud de los varones no cuestionaba el cambio entre el alcoholismo, más bien lo atiende, más que cuestionarlo de raíz: lo que es preocupante —por los datos que muestran las autoras— es que cuando el alcoholismo se da en mujeres, una de las primeras cosas, antes que atender el alcoholismo, es cuestionar cómo obtiene una práctica tolerada para los varones pero no para ellas. Es decir, se tiende a legitimar la validez de su alcohol y de su alcoholización antes que poder ser tratada o acompañada en ese tipo de adicciones.

Irónicamente, una compañera que acaba de titularse de doctora en sociología, hizo una tesis investigando el proceso de alcoholización de los varones y cómo la alcoholización de éstos genera un empoderamiento en sus parejas, pero

es un empoderamiento indirecto; en el momento en el que él deja de asumir sus responsabilidades como proveedor y no le queda a ella más remedio que empoderarse.[6] No obstante, cuando hay varones adultos como pueden ser sus propios hijos o jóvenes, la mujer delega la autoridad en sus hijos, aunque ella sea la que esté teniendo la batuta del hogar; incluso ironizábamos en el momento del examen profesional, que había que establecer una campaña para combatir el alcoholismo en los varones. Sé que, a lo mejor, a algunos no les va hacer ninguna gracia la broma que voy hacer: diciéndole a los varones ¡aguas, no te alcoholices porque si te alcoholizas se empodera tu pareja! Pero a final de cuentas lo que habría que cuestionar es el modelo de aproximación a un hecho como el que está aquí narrado, que tiene que ver con el consumo de alcohol, pero también con el consumo de sustancias psicoactivas, porque las autoras añaden que es más frecuente entre mujeres pues mientras mayor haya sido su experiencia de sufrir violencia, es a través del actuar de los varones.

Los capítulos que tienen que ver con la salud mental y el trabajo extradoméstico, con la salud mental de las mujeres rurales y con los servicios y recursos de atención a la salud mental de las mujeres; coincidentemente, aparece la referencia a los nervios y al nerviosismo. Pensando en zonas rurales una compañera, Soledad González de El Colegio de México, ha investigado la violencia en zonas rurales,[7] quien comenta que la gente enferma de susto, como tanto se menciona en las zonas rurales y que tiene algunas analogías con la discusión urbana al decir ¡estoy enferma de nervios!, tiene mucho que ver con la violencia vivida o con el temor permanente a la violencia. Insisto en esa violencia y no estoy satanizando, necesariamente, a los varones, pero proviene del entorno de prácticas masculinas. Algo que me dio risa en una parte del artículo sobre zonas rurales es donde se habla de una visita que hicieron algunos psiquiatras y los hicieron platicar y platicar y después, ellos ya no quisieron seguir yendo porque sólo platicaban y platicaban. Yo no sé si a los psiquiatras les quede el saco, pero se me hace un excelente recurso para empoderarse, el poder platicar y platicar. Paulo Freire decía que la mejor manera de empoderarse era tomar distancia de la cotidianeidad y la forma de distanciarse de esa cotidianeidad era nombrándola, relatándola, describiéndola, incluso, resignificándola. :[8] Una autora brasileña que trabaja sobre cuestiones de los nervios es Gabriela Hita, que dice que: "el lenguaje (y esto, pude ser una sugerencia de política pública) puede convertirse en un recurso para construir un sentido de sí misma, una vez que emergen de la propia historia contada los significados que uno le da a la misma".[9]

Irónicamente, la mujer cuyo testimonio está en el capítulo de mujeres rurales dice: "yo le dije que ya no fuera porque sólo quería que platicáramos". Creo que lo mejor que uno puede hacer es platicar las experiencias vividas a manera de resignificarlas y de asociarse con otras personas que las han vivido, para buscar estrategias que contrarresten cualquier malestar e injusticia. En ese sentido se me hace pertinente destacar el último capítulo con el sugerente título: "Redefiniendo el tecito". Como conclusión, algunas compañeras que han trabajado sobre salud de las mujeres (en el colectivo que antes se llamó PRODUSEP), publicaron un libro interesante que tenía un título más o menos cercano: "el riesgo de ser mujer", como son Gloria Sayavedra y Eugenia Flores.[10] Por otra parte, Benno de Keijzer, ya citado, quien trabaja la salud de los varones, tiene una categoría: "la masculinidad como factor de riesgo"; yo trataba de imaginarme cómo podrá relacionarse equitativa, solidaria e igualitariamente alguien que ha sido calificada como "el riesgo de ser mujer" con otros grupos de compañeros que son calificados o identificados dentro del grupo de "masculinidad como factor de riesgo". Se me hace complicado, si no reinventamos formas de relacionar y de resignificar vivencias que generan incomodidades de salud mental a unos y a otras; por esto, al margen de que el libro a ratos es doloroso, confieso honestamente que permite recuperar la voz de muchas mujeres, escuchar lo que están diciendo sobre la forma en

didad de 214 nacimientos por cada mil mujeres, mientras que las que alcanzaron estudios de secundaria redujeron esa tasa en 60% (88 nacimientos por cada mil mujeres).[21]

♦ En México, hay aproximadamente 711 mil 842 madres con algún tipo de discapacidad. Alrededor del 3 por ciento de ellas tiene más de 64 años, lo que implica cuidados de terceros que en muchos casos son provistos por las hijas, quienes para entonces ya también son madres.[22] ♦

Notas

[1] INMUJERES. *Día del Padre. Tercer domingo de junio*. México: 2003, pp. 8.
[2] *Ibíd.*, p. 1.
[3] CONACYT-CNRS. *Encuesta Demográfica Retrospectiva Nacional*. México, 1998.
[4] CONACYT-CNRS. *Ibíd.*
[5] CONAPO. *Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar*. México, 1996.
[6] CONAPO. *Ibíd.*
[7] INEGI. *Encuesta Uso del Tiempo y Aportaciones en los Hogares Mexicanos, 2002.*
[8] INEGI. XII *Censo General de Población y Vivienda, 2000*. Muestra censal.
[9] INMUJERES. *Reprocesamiento de la muestra del XII Censo General de Población y Vivienda, 2000.*
[10] INMUJERES. *Día de las madres. 10 de mayo*. México: 2003, pp. 8.
[11] *Ibíd.*, p. 1.
[12] INMUJERES. *Estimaciones a partir de la Muestra Censal. XII Censo General de Población y Vivienda, 2000.*
[13] INEGI. *XII Censo General de Población y Vivienda, 2000*. Tabulados básicos.
[14] INMUJERES. *Día de las madres. 10 de mayo*. México: 2003, p. 3.
[15] INEGI-IMSS. *Encuesta Nacional de Empleo y Seguridad Social, 2000*. IMSS. *Memoria Estadística, 2000*. ISSSTE. *Anuario Estadístico, 2000*. Estimaciones del Inmujeres a partir de estas fuentes y del *XII Censo General de Población y Vivienda.*
[16] INMUJERES. *Estimaciones de la Encuesta Nacional de Empleo, 2000.*
[17] INMUJERES. *Estimaciones de la Muestra Censal. XII Censo General de Población y Vivienda, 2000.*
[18] INMUJERES. *Estimaciones de la Encuesta Nacional de Empleo, 2000.*
[19] *Ibíd.*
[20] INEGI. *Estadísticas Demográficas*. Cuaderno 13, 2001.
[21] INEGI-INMUJERES. *Mujeres y Hombres*, 2002.
[22] INMUJERES. *Estimaciones del Censo General de Población y Vivienda, 2000*. Muestra censal, cuestionario ampliado.

♦♦♦

la viven su salud mental y creo lo que muestra es un momento de crisis y de reacomodos en las relaciones de género. No sé si a lo mejor peco de ingenuo, aunque más bien me gustaría presentarme como optimista, pero quiero pensar que las crisis y los reacomodos pueden derivar en relaciones más dignificantes, no sé si más saludables.

Todavía no las puedo calificar así pero, a final de cuentas, creo que la coexistencia de nuevos y viejos modelos de ser mujer les va a dar cuerda a muchas mujeres para repensar y resignificar su salud mental. ♦

Notas

[1] Este comentario fue hecho durante la presentación del libro *Cálmese, son sus nervios, tómese un tecito: un estudio sobre la salud mental de las mujeres mexicanas*, coordinado por Asunción Lara y Nelly Salgado. Se añadieron algunas referencias bibliográficas por si alguna persona quiere profundizar en algunas de las reflexiones compartidas.

[2] Machado de Asís, Joaquim. *El Alienista*. UNAM, México 2002. Coordinación de Humanidades.

[3] Documentación y Estudios de Mujeres (2001). *Mujeres Latinoamericanas. Religión espiritualidad, pecado, cuerpo y sexualidad*. Documentación y Estudios de Mujeres, AC, México D. F. Documentación y Estudios de Mujeres (2002) *Mujeres Latinoamericanas. Religión espiritualidad, pecado, cuerpo y sexualidad*. (Segunda parte). Documentación y Estudios de Mujeres, AC, México D.F.

[4] Figueroa Perea, Rafael Ángel (2000). "Entrevista con la coordinadora nacional de viudas de Guatemala" (mimeo).

[5] Ver de Keijzer, Benno (1995). "Masculinity as a Risk Factor", Seminar on Fertility and the Male Life Cycle in the Era of Fertility Decline, IUSSP, Zacatecas. (Mimeo) y Figueroa Perea, Juan Guillermo (1998). "Algunos elementos para interpretar la presencia de los varones en los procesos de salud reproductiva', en *Cadernos en Saude Pública*, Brasil. Vol. 14, Supl. 1, pp.87-96.

[6] Soria Trujano, Rocío (2002). *Estructura de algunos sistemas familiares con el padre alcohólico y su relación con el proceso de empoderamiento de la esposa*, tesis de doctora en sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

[7] González, Soledad (2002). Presentación en la mesa redonda organizada por el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de El Colegio de México, con motivo del Día Internacional contra la violencia hacia las mujeres.

[8] Freire, Paulo (1973). *Pedagogía del oprimido*. Siglo Veintiuno Editores. México.

[9] Hita, María Gabriela (1998). "Identidade feminina e nervoso: crises e trajetórias", en Paulo César Alves y Miriam Cristina Rabelo, organizadores. *Antropología da saúde. Tracando identidade e explorando fronteiras*, Rio de Janeiro: Relume Dumará. pp. 179-213.

[11] Sayavedra, Gloria y Eugenia v Flores (coordinadoras) (1997) *Ser mujer: ¿un riesgo para la salud? Del malestar y enfermar, al poderío y la salud*. Red de Mujeres, A.C. México.

Travestidos al desnudo: homosexualidad, identidades y luchas territoriales en Colima

Francisco J. Llopis Tovar

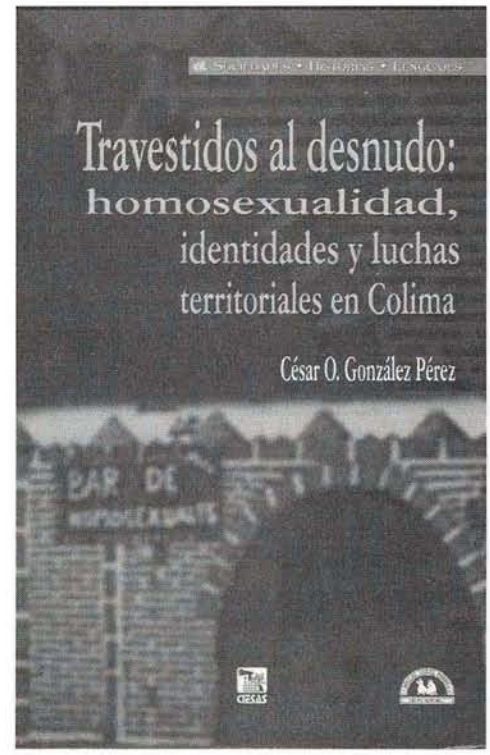
Algunas consideraciones

El libro editado por Porrúa y por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), en 2003, de César O. Gonzáles Pérez, es un trabajo de investigación que se basa en el interés personal del autor y en una implicación emocional con el objeto de estudio. Se aleja de la pretendida objetividad positivista y el tratamiento clínico con el que tan a menudo se ha abordado la cuestión de la homosexualidad. Es un trabajo sensible, honesto, fundamentado teórica y metodológicamente y, sobre todo, con un compromiso político por el cambio social.

Es una investigación seria que muestra la evolución de los estudios con perspectiva de género, desde la preocupación inicial por centrarse en las mujeres, para luego, en las últimas dos décadas aproximadamente, incorporar los estudios sobre masculinidad y, ya en fechas más recientes, pasar a hablar sobre masculinidades y multitud de géneros, más allá del masculino o femenino, como las únicas opciones de ser hombre o mujer.

Por otra parte, revela la enorme diversidad dentro de la homosexualidad masculina, en contra del reduccionismo y la asimilación androcéntrica a manos del poder hegemónico.

Trata de nombrar para dar presencia a lo que, existiendo, ha permanecido oculto. Por ejemplo, nuevas formas de establecer relaciones familiares. Por ello, me



pregunto cómo se sentirían muchos hombres anclados en el modelo hegemónico de masculinidad al leer el documento, pues la masculinidad se construye por oposición a las mujeres (misoginia) y a los homosexuales (homofobia) y encorseta a los hombres en todo un conjunto de prescripciones, normatividades y tabúes cuyo cuestionamiento cimbra las bases de su identidad genérica. Un trabajo como el de César generará tal vez sentimientos encontrados de rechazo y amenaza, a la vez que atracción, curiosidad y, tal vez, envidia, ante quienes han tenido la va-

♦♦♦

lentía de ser, a pesar de los condicionantes sociales.

Tal y como se argumenta en el libro, el orden social está normado por el poder a través de diferentes modelos (de ser hombre, mujer, padre, hija, novio, joven, entre otros más) que se presentan como "naturales" y, por tanto, sin lugar al cuestionamiento. En clave dicotómica, todo lo diferente, se excluye y se desvirtúa, tildándolo de antinatural, anormal o desviado. La normalidad —como modelo prefabricado— es inalcanzable, frustrante y aburrida. Hay que elegir entre ser normal o ser una/o misma/o (acá entra en juego la negociación, como es el caso de los travestidos gay en Colima).

Además, preciso es señalar que el poder valida su orden por medio de la represión (moral y física) y la violencia (donde se destaca la violencia simbólica contra los travestidos, independientemente de su orientación sexual), con la connivencia de amplios sectores sociales. Como señala Habermas, citado por César: "No hay verdades morales, sino acciones valoradas según una forma de ver el mundo" y esas formas cambian.

Fue a partir de la lectura del libro y de otras lecturas y reflexiones anteriores que me atrevo a afirmar que todos somos maricones (no sin cierta intención, lo reconozco, de provocar alguna reacción entre los hombres). Me baso, explicado de manera muy sucinta, en lo siguiente:

La palabra maricón es el término peyorativo con el que los hombres descalificamos a otros hombres que se salen de la pauta genérica masculina. Homosexual, en base a lo expuesto por Marcela Lagarde, es la persona que busca el contacto social y emocional con otras personas de su mismo sexo. Las relaciones sexuales-genitales entre individuos de un mismo sexo, serían homoeróticas, no homosexuales (pues la sexualidad es un concepto mucho más amplio que el mero intercambio de jugos vía genital y tiene una amplia dimensión social). En refrendo de lo anterior, Alvarez-Gayou emite una definición de homosexualidad basada en la preferencia y atracción por el mismo sexo; una atracción no basada en características sexuales integrales sino en aspectos fenotípicos externos, en una capacidad subjetiva de apreciar la belleza en individuos del mismo sexo y la atracción subsiguiente.

Es decir, que un hombre no necesariamente precisa del deseo o el acto de mantener relaciones sexuales-genitales con otro hombre para ser homosexual (o sea, maricón), sino que basta con que prefiera el contacto y la relación con otros hombres. Tal y como está estructurado el orden social, en base a concepciones dicotómicas y excluyentes entre los géneros (los hombres por un lado, las mujeres por otro), no me es plausible reconocer que todos somos maricones.

Otro tanto son los aciertos del libro que permiten ser capaz de examinar las relaciones de poder e inequidad que se dan entre la población travestida gay, dentro de sus espacios de relación. A pesar de la solidaridad que debemos practicar con cualquier persona o colectivo oprimido, incurrimos en un error cuando caemos en la idealización. Los travestidos también reproducen roles masculinos de dominación y control, pues su proceso de socialización no se ha dado en un burbuja, sino en la sociedad que vivimos.

Por ello, coincido con el autor en la necesidad de la organización social y política para conseguir un paulatino cambio social hacia otras formas menos injustas y excluyentes de relación. Además, creo fundamental vincular las resistencias que se dan desde distintos ámbitos y con distintas formas, para crear redes organizadas y solidarias contra cualquier forma de opresión (no sólo personas con orientación sexual distinta, sino indígenas, mujeres, trabajadores/as, personas con capacidades diferentes, ambientalistas, emigrantes, niños y niñas en situaciones vulnerables y otras múltiples formas). Por esto, finalizo los comentarios con dos cuestiones: ¿qué sucedería si pudiéramos vivir la sexualidad de manera libre y sin adscripciones condicionadas a un rol genérico predeterminado? y ¿a qué se debe la escasa presencia pública de las lesbianas dentro de los movimientos sociales de homosexuales, a pesar de su batalladora y definida trayectoria política de manos del feminismo? ♦

Código Da Vinci

Guillermina Araiza Torres

Si te gustaron las películas del agente 007 o la trinomía de Indiana Jones, entonces significa que puedes pasar un buen rato leyendo el *Código Da Vinci*. ¿Comprarlo? No lo sé; ¿analizarlo?, tampoco lo sé. Lo que puedo decir es que si te quitas el papel de crítica literaria y lo lees por el placer de vivir la aventura de leer historias sencillas, te la puedes pasar muy bien.

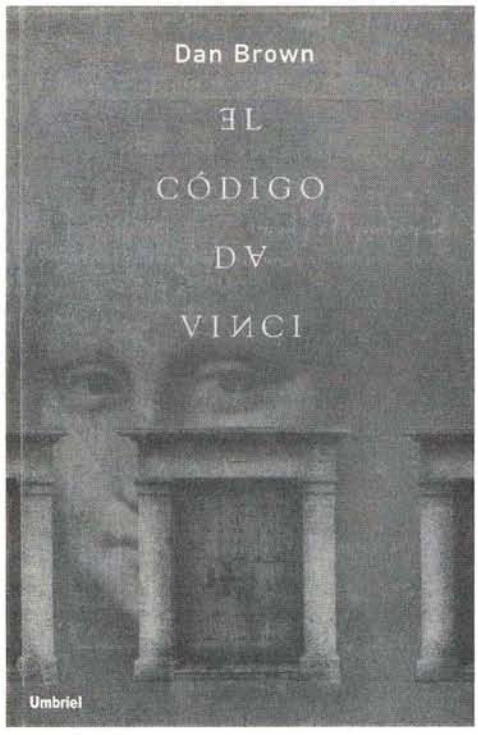
Este libro me lo regaló Francisco, un amigo lector, supongo que como una especie de experimento, algo así como a ver qué pasa. Como me gusta leer por placer, debo reconocer que el libro me atrapó y de pronto me sentí en el cine viendo una película al estilo del agente 007, en donde los personajes resuelven criptogramas y acertijos al gusto, supongo que del autor, pero con cierta facilidad; que se ven inmersos en una serie de embrollos que también resuelven con mucha facilidad, algunos de formas totalmente increíbles.

La historia se desarrolla de forma paralela, en una especie de dos líneas que no llegan a juntarse, salvo en escasas dos ocasiones. Por un lado el Opus Dei y la Iglesia a quienes les interesa cuidar y mantener la imagen divina de Jesucristo; por el otro, una red y una sociedad secreta, El Priorato de Sión, en el que participan artistas, historiadores e investigadores quienes sostienen que el secreto de la divinidad de Cristo fue un invento del emperador Constantino para apuntalar su poder, pues hasta entonces Jesús era visto por sus profetas como un mortal, un poderoso y gran hombre, pero mortal; por otra parte, que Jesús estuvo casado con María Magdalena y que ambos procrearon una hija o hijo (no me quedó claro) pero que los descendientes de la pareja viven en Francia con la protección de esta red.

♦♦♦

Si no fuera novela de ficción, como mujeres podríamos pensar que es parte del regalo del siglo XXI, porque, recordemos que la imagen de la mujer en la iglesia es de sumisión y sufrimiento.

El planteamiento de que María Magdalena escribió también uno de los libros de la Biblia; el planteamiento de que fue a ella a quien Cristo pidió la construcción de la Iglesia y muchos otros por el estilo, nos llevan a una visión feminista de la fe cristiana y católica. El problema es que, aun cuando hace referencia a la historia y en la nota de solapa explica que hay investigación detrás del libro, no muestra argumentos convincentes. De cualquier forma, podría ser. Para esto, mencionaré que la participación de Leonardo Da Vinci consiste en haber plasmado su devoción por el Santo Grial femenino en la representación de La última cena, obra en la cual el personaje que está a la derecha de Jesús no es el apóstol San Juan como todos sabemos, sino María Magdalena, su compañera, y explica los rasgos femeninos de la figura. Vale la pena ver en detalle este cuadro que existe en casi todas las casas de los católicos. Yo lo vi en casa de mi mamá. Lo demás queda a la imaginación de cada lector. ♦



¿Qué leen los que no leen? De Juan Domingo Argüelles

Ada Aurora Sánchez

El año pasado, Juan Domingo Argüelles, poeta, ensayista, editor y crítico, dio a conocer a través de la editorial Paidós, colección Croma, su libro: *¿Qué leen los que no leen?* Bajo este título sugerente, animado por una irónica paradoja, el poeta quintanarroense propone al lector una lúcida travesía, de corte ensayístico, por temas variados y polémicos en torno a la lectura. Temas que, por cierto, ya había abordado en páginas de los periódicos El Financiero, El Universal y el suplemento La Jornada Semanal, pero que ahora, bajo el amparo de un libro, se amplían y se concentran vigorosamente en la insistencia de dos premisas clave. La primera es que leer debe ser, ante todo, un acto voluntario y placentero, y la segunda, que leer no es la única forma de conocer la vida.

En palabras del autor, *"¿Qué leen los que no leen?* es una defensa apasionada de la libertad de leer y de la libertad, también, de no leer". A través de poco más de cincuenta artículos, divididos en cinco capítulos ("El poder inmaterial de la literatura", "La lectura como valor escolarizado", "Usos y abusos de la lectura", "Cuando leer no es un placer" y "El libro y la cultura escrita en la aldea global"), Juan Domingo explora los dobleces y "reveses" del leer, como un asunto que no sólo ha interesado a escritores, lectores, editores, filósofos, estetas, sino también —ya por modas o un verdadero interés— a gobiernos y autoridades educativas.

En medio de una efervescencia discursiva a favor de la lectura, Argüelles propone que meditemos honestamente, para qué se lee, hasta dónde llega el alcance real de los libros, cuál es la diferencia entre los que supuestamente no leen nada y los que sí lo hacen, y tratemos de quitarle a las campañas publicitarias su sesgo dogmático que induce a pensar que leer soluciona todos los problemas o que, por el hecho mismo de ser un lector, se es mejor persona que aquel que no lee.

Duro, mordaz en sus críticas a las campañas de promoción de la lectura, el autor señala que lemas como "La lectura nos hace mejores", "Lee y tendrás éxito", "Si no leo, me a-burro", son ejemplos de esa mentalidad impositiva de la cultura libresca que, lejos de alentar el gusto por la lectura, insiste en marcar diferencias ontológicas abismales entre los que leen y los que no leen, como si en la práctica tales diferencias pudiesen ser objetivamente comprobadas.

Argüelles apunta que incluso entre las personas más cultas, entre ávidos lectores, se engendra la miseria espiritual, hábil para destruir y aniquilar al prójimo con la más fina o la más cruda de las violencias, tal como pudiera suceder con los iletrados, pues leer no es garantía de asimilar, más allá de la epidermis, lo leído. Cierto. Aunque habría que matizar que el acto de leer, ese acto "solitario" en que estamos más cerca de nosotros mismos, no excluye la posibilidad de que sea por medio de la palabra impresa que lleguemos a descubrir una vocación, un amor, una idea, una certeza o una pregunta, o sea: un modo de apostar la vida en algo.

"La lectura (y la cultura) —dice Argüelles— no es poderosa por sí misma, y de nada sirve acumularla si no nos revela una forma inteligible de nuestras vidas ni aporta a nuestros actos un auténtico interés vital".

Para creer que la lectura nos ha tocado hondo, que algo de ella se nos ha quedado, debe volverse vida —sentencia Juan Domingo al recordar a Alfonso Reyes—, debe alentar la imaginación, el poder creador, revelador, de quien lee; debe, en pocas palabras, hacernos sentir vivos.

¿Qué leen los que no leen?, justamente, tiene la cualidad de hacernos sentir vivos, no sólo porque es ejemplo de una prosa extraordinariamente clara y ágil, sino también porque los cuestionamientos que

♦♦♦

propone rasgan una parte íntima del lector. Es imposible dejar de preguntarse qué ha hecho uno con lo que ha leído; a dónde han ido a parar las lecturas acumuladas. ¿El saludo matutino a las personas con las que convivimos, la capacidad de resolver problemas cotidianos, la entereza para enfrentar las adversidades, alcanzan a evidenciar el paso por los libros o, mejor dicho, el paso de los libros por nosotros?

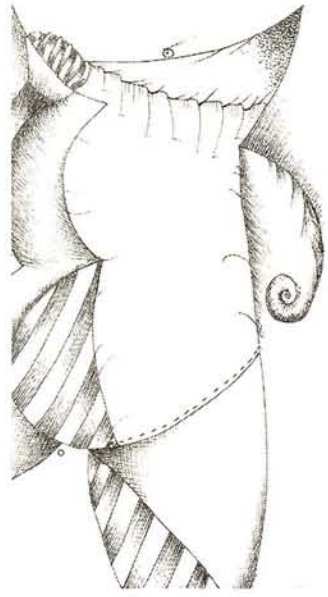
Aunado a los méritos anteriores, debe mencionarse que Juan Domingo ofrece, ya como apoyo a sus argumentos o como referencia contextual a sus temáticas, la savia :—permítaseme la expresión— del pensamiento de escritores y/o teóricos como Michéle Petit, Gabriel Zaid y Fernando Savater, entre otros, que han defendido la idea de que la lectura debe ser un placer que ha de pregonarse, contagiarse, sólo por aquellos que en verdad lo hayan experimentado y no por "promotores" o profesores que no tienen tiempo de leer porque, curiosamente, están muy ocupados promoviendo la lectura.

En cuanto a la interrogante ¿qué leen los que no leen?, el autor la contesta con una aclaración inicial: los que supuestamente no leen, en realidad sí leen. Lo que sucede es que no leen lo que se les recomienda como lecturas obligatorias, es decir, los clásicos, los libros consagrados en el canon oficial. Los "no lectores", en México, leen historietas cómicas, revistas del espectáculo, fotonovelas; textos que los excluyen de ser contabilizados dentro de las estadísticas de los lectores "reales". En todo caso —recomienda Juan Domingo—, hay que insistir en nuevos enfoques con respecto a la promoción de la lectura, para no ofrecer lo que está fuera del alcance del poder de los libros, y lo que, en estricto sentido, le corresponde a cada ser humano descubrir en la palabra escrita.

Por cierto, en esta propuesta de cortarle las alas al mito de que leer es la única condición para alcanzar la evolución espiritual coincide el crítico norteamericano Harold Bloom, quien en *Cómo leer y por qué* señala que no puede menos que sentirse escéptico ante "la tradicional creencia social que da por sentado que el crecimiento de la imaginación ha de conllevar inevitablemente una mayor preocupación por los demás".

Diálogo ameno con numerosos libros, *¿Qué leen los que no leen?* te lleva, en una suerte de navegación hipertextual, a ligar las disertaciones de Juan Domingo con las de otros autores y con la experiencia propia en el contacto con la lectura. Gracias a este *detenimiento* reflexivo que sugiere Argüelles ante la inercia de políticas de promoción a la lectura, basadas en la obligación de ser buen lector como sinónimo de ser buen ciudadano, uno repara en cuán complejo resulta promover el valor inmaterial de la literatura.

Imitando al poeta Gonzalo Rojas, quien se preguntó ¿qué se ama cuando se ama?, pienso que también tendríamos que cuestionarnos qué se lee cuando se lee: ¿al autor del texto o a ese otro que somos cuando desciframos lo que leemos? Con la respuesta, quizá, entenderíamos que algunos libros, en algunas ocasiones, nos exponen al milagro parcial de comprendernos. Éste es el caso de *¿Qué leen los que no leen?*, libro que se recomienda no porque sea un deber de todo profesor o estudiante leerlo, o porque pertenezca a uno de los escritores más prestigiados de México, sino porque simplemente su lectura es placentera y brinda la oportunidad de discutir, a luz de nuevas perspectivas, un tema de innegable importancia: el leer y el vivir. ♦





Juan Domingo, Argüelles (2003). *¿Qué leen los que no leen*?, México: Paidós Colección Croma.

